



Tiempos y Cuidados en Mujeres Adultas Mayores de Barrios Pobres de Buenos Aires
María Victoria Castilla, María Florencia Blanco Esmoris
Licencia [Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

Artículo

Tiempos y Cuidados en Mujeres Adultas Mayores de Barrios Pobres de Buenos Aires

Time and Care for Older Adult Women in Low-Income Neighborhoods of Buenos Aires

María Victoria Castilla¹

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnica (CONICET)

Universidad Nacional de San Martín (UNSAM)

Argentina

María Florencia Blanco Esmoris²

Centro de Investigaciones Sociales del Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnica (CIS-CONICET) Instituto de Desarrollo Económico y

Social - Universidad Nacional de Tres de Febrero (IDES-UNTREF)

Argentina

Trabajo original autorizado para su primera publicación en la Revista RIHUMSO y su difusión y publicación electrónica a través de diversos portales científicos

María Victoria Castilla, María Florencia Blanco Esmoris (2026) "Tiempos y Cuidados en Mujeres Adultas Mayores de Barrios Pobres de Buenos Aires". En: RIHUMSO n° 29, año 15, (15 de mayo de 2026 al 14 de noviembre de 2026) pp. 15-33. ISSN 2250-8139. <https://doi.org/10.54789/rihumso.26.15.29.2>

¹ Doctora en Antropología, investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y docente en universidades nacionales (UNLAM-UNSAM-UNTREF). Su especialidad es la organización social del cuidado y las dinámicas de transición demográfica en contextos de alta vulnerabilidad. Su trabajo se fundamenta en una perspectiva feminista e interseccional y combina investigación cualitativa situada territorialmente para examinar cómo los contextos sociales, económicos y políticos configuran la desigualdad, el cuidado y la sostenibilidad de la vida en el Sur Global. Correo: vickycastilla@yahoo.com.ar. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6399-8486>

² Doctora en Antropología Social (Escuela IDAES-UNSAM), investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) con lugar de trabajo en el Centro de Investigaciones Sociales (CIS-CONICET/IDEA-UNTREF) y docente en universidades nacionales (UBA-UNSAM). Su especialidad se centra en la desigualdad sociomaterial, el estudio de las clases sociales y las formas de habitar. Su trabajo se fundamenta en una perspectiva de antropología aplicada y combina la etnografía con el análisis de la cultura material en el Sur Global para examinar cómo las dimensiones tecnopolíticas, los objetos y las infraestructuras configuran la vida doméstica, los procesos de diferenciación social y la sostenibilidad de los entornos urbanos contemporáneos. Correo: flor.blancoesmoris@gmail.com. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-5463-5704>.

Recibido: 09.09.2025

Aceptado: 18.12.2025

Resumen

Este texto se inscribe en el diálogo entre los estudios sobre cuidados comunitarios y los enfoques sociales del tiempo, y se apoya en una investigación etnográfica realizada entre 2022 y 2023 con mujeres mayores de 60 años a cargo de espacios de cuidado comunitario en barrios populares de Buenos Aires. Aquí, describimos y analizamos la relación entre el tiempo y la disponibilidad que imponen estas tareas, para comprender cómo se experimentan subjetivamente los regímenes temporales normalizados en desigualdades de género. Sostenemos que las habilidades temporales de cuidado desarrolladas por estas mujeres no solo sostienen la vida cotidiana de la comunidad, sus familias y a ellas mismas, sino que también reproducen y profundizan vulnerabilidades asociadas a la escasez y al género.

Palabras clave: tiempo, cuidados comunitarios, edad, pobreza

Abstract

This text contributes to the dialogue between community care studies and social approaches to time and is based on ethnographic research conducted between 2022 and 2023 with women over 60 years old who are responsible for community care spaces in low-income neighborhoods of Buenos Aires. Here, we describe and analyze the relationship between time and the availability demanded by these tasks, in order to understand how temporal regimes, normalized within gender inequalities, are subjectively experienced. We argue that the temporal care skills developed by these women not only sustain the daily life of the community, their families and themselves, but also reproduce and deepen vulnerabilities associated with scarcity and gender.

Key words: time, community care, age, poverty

Introducción

En Argentina, en los barrios pobres de Buenos Aires el acceso al cuidado se ve limitado por déficits en infraestructura, transporte y servicios públicos básicos. Para proveerse del mismo, en las comunidades se despliegan estrategias colectivas realizadas principalmente por mujeres que reciben nula o poca remuneración, recreando desigualdades sociales con base en el género (Faur y Pereyra, 2018; Folbre, 2006). Las organizaciones comunitarias diariamente gestionan y administran recursos escasos con el fin de brindar cuidados a las personas en situación de dependencia y a la población del barrio en su conjunto. La disponibilidad y la responsabilidad son características que estructuran el ejercicio de los cuidados (Federici, 2004; Sharma, 2014).

La obligación de estar disponibles todos los días del año para brindar comidas, atención y contención en los espacios comunitarios ha generado en estas mujeres el desarrollo de *habilidades temporales de cuidado*. Dichas habilidades se construyen sobre una concepción cronológica y androcéntrica del tiempo (Fisher y Tronto, 1990; Bessin, 2013) disputándolo y poniéndolo en tensión. Estas habilidades moldean las propias trayectorias de vida de las mujeres que lo realizan. En ellas, los tiempos de vida y los del cuidado se entrelazan con eventos, crisis y coyunturas sociales, políticas y económicas que afectan los propios cuidados comunitarios y las vidas cotidianas de ellas y de sus familias.

En diálogo con los estudios sobre cuidados comunitarios y los estudios sociales sobre el tiempo, y a partir de los resultados de una investigación de tipo etnográfica realizada en los años 2022-2023, en este texto, analizamos los modos en que los cuidados comunitarios realizados por mujeres mayores de 60 años en barrios pobres de Buenos Aires se configuran en la intersección entre diversas temporalidades —cronológicas, coyunturales, institucionales y cotidianas— y sus trayectorias de vida. Entendemos que las temporalidades en diálogo con las experiencias biográficas sostienen la vida comunitaria a la vez que reproducen desigualdades de género. Asimismo, las experiencias de las mujeres no solo son biográficas, sino que se inscriben en temporalidades múltiples: la cronológica impuesta por las políticas, la coyuntural marcada por las crisis, y la vivida en la cotidianeidad del cuidado.

En la investigación de corte cualitativo y enfoque etnográfico se utilizaron diversas técnicas como la entrevista etnográfica y entrevistas semiestructurada, charlas informales y observaciones llevadas adelante durante el año 2023 en barrios pobres de Buenos Aires. Todas las entrevistas fueron grabadas y registradas junto con las

observaciones y las charlas informales en notas de campo. Posteriormente, fueron analizadas a partir de una codificación que operacionalizaba los objetivos de investigación. Las mujeres que formaron parte de la investigación que dio origen a este texto tienen edades comprendidas entre los 60 y 76 años y llevan poco más o menos de 40 años gestionando, administrando y realizando diversas tareas de cuidado en espacios comunitarios. Ellas desempeñan el rol de *coordinadoras / encargadas / referentas* comunitarias y vienen desarrollando estas actividades desde las décadas de 1980 y 1990.

Muchas de ellas son pioneras en la organización de las llamadas *ollas populares* en los barrios y que, en la actualidad, continúan trabajando como cuidadoras, educadoras y/o referentes junto a vecinos y vecinas de los barrios que configuran la trama comunitaria de cuidado. En ellas se condensan tres fenómenos contemporáneos: la feminización del cuidado en general y del comunitario en particular (Zibecchi, 2014, Fournier, 2022), la feminización de la vejez (INDEC, 2023) y la feminización de la pobreza (Paz, 2022). Ellas son mujeres adultas mayores, que cuidan y dan de comer desde hace décadas a las comunidades en las que viven, administran recursos del estado y nunca recibieron retribuciones monetarias ni prestaciones sociales que les permitan materializarse económicamente en la vejez.

Cuidados, Percepciones y Miradas Sobre los Tiempos

El tiempo es un principio de organización central en el análisis de las estructuras y procesos sociales y es producto de construcciones y acuerdos culturales situados que son normalizados en la vida cotidiana (Schwartz, 1976). La antropología lo ha abordado desde sus orígenes nutrida de reflexiones de otras disciplinas como la filosofía, la sociología, la historia y la economía. En la bibliografía de las ciencias sociales podemos encontrar diferentes modos de definirlo: a) como tiempo calendario o como duración desde demografía (Vallin, 1994); b) como modo de abordar expectativas y atributos asignados a cada momento de la vida (Feixa Pampols, 1996); c) como método, por ejemplo, el biográfico de Creswell y Denzin³ o los relatos de vida (Atkinson, 1998); d) como diseño de investigación en tanto estudio de caso único en las historias de vida

³ El apogeo de los relatos de vida se produce en el momento del apogeo de la Escuela de Chicago con los trabajos, por ejemplo, de Thomas y Znaniecki sobre el campesinado polaco utilizando la historia de vida como enfoque a partir de materiales autobiográficos y documentos personales (2006).

(Ferrarotti, 1991; Mallimaci y Gimenes Béliveau, 2006)⁴; e) como una estrategia que define diseños de investigación sincrónicos o diacrónicos (Hernández Sampieri y otros, 2010); f) o para establecer causalidades.

Gran parte de estas definiciones de tiempo, tienen en común que lo contemplan bajo lógicas cuantitativas y aristotélicas y con el supuesto que existe un hilo conductor que atraviesa la vida de las personas, supuesto definido como ideología biográfica (Miller, 2000) o ilusión biográfica (Bourdieu, 1989). También diversos autores han señalado la existencia de una multiplicidad de tiempos sociales que dependen de la percepción de los observadores. Por ejemplo, están las trayectorias, que sugieren la coexistencia de una serie de sucesivas posiciones ocupadas por una misma persona o grupo en una espacialidad que está en constante movimiento y sometida a incesantes transformaciones (Bourdieu, 1989). Las trayectorias de vida (Elder, 2003; Saraceno, 1989) no se limitan a las personas con las que interactuamos en el trabajo de campo etnográfico. También incluyen nuestras propias trayectorias como sujetos situados en determinados momentos de la vida y como investigadoras. Estos procesos reflexivos no siempre acompañan de manera sincrónica ni lineal los tiempos de las narraciones y, a menudo, exigen que se aborden desde la interdisciplina (Fraser, 1975). Dichas narraciones abarcan experiencias, acontecimientos, mitos, leyendas y relatos diversos. Incluso aquellas narraciones que no se cuentan —o lo hacen “a medias” — tienen su propia existencia y existen en sí mismas y son la historia misma en su devenir (Samaja, 2006; Das, 2016).

El trabajo de Johannes resulta una obra fundamental en la antropología que critica cómo los antropólogos han utilizado el tiempo para construir y representar a las culturas que estudian. Johannes (1983) argumenta que la disciplina ha perpetuado una “negación de co-temporalidad”, ubicando a las culturas no occidentales en un tiempo diferente y, por tanto, exótico y primitivo en relación con Occidente. Este enfoque crea una separación temporal artificial entre el antropólogo (el observador) y los sujetos de estudio (el observado), lo que refuerza estereotipos de primitividad y otros.

Nancy Munn (1992) señala que la temporalidad no es una dimensión universal y homogénea, sino que está culturalmente construida y vinculada a prácticas sociales y relaciones de poder específicas. En esta línea Adam (2003) propone que el tiempo debe ser entendido como multidimensional, abarcando no solo el tiempo lineal, sino también

⁴ Acá podemos recordar el clásico trabajo de Lewis sobre la familia Sánchez en el cual utilizó observación etnográfica y autobiografía múltiples y cruzadas en el seno de la familia.

el cíclico, el tiempo vivido y el tiempo socialmente construido. Ahora bien, estos tipos de tiempos se intersectan y se influyen mutuamente en la vida cotidiana vinculando la historia personal y la historia social construyendo identidades y prácticas cotidianas (Holland y Leave, 2001⁵).

En consonancia con lo expuesto por Munn (1992), Elizabeth Jelin destaca que las vivencias individuales vienen acompañadas de discursos culturales de tipo colectivo. En este sentido, Jelin (2020) entiende que se produce comunidad desde la experiencia común y compartida de la acción narrativa. Instancia desde la cual las personas definen sus identidades personales y se identifican como individuos insertos en redes de relaciones sociales y culturales, grupalidades y entramados institucionales. Esta perspectiva da lugar al registro y análisis de disputas, negociaciones y acuerdos entre distintos actores sociales (inclusive a los marginados y excluidos) y de las memorias dominantes, hegemónicas, únicas u “oficiales” (Iparraguirre, 2011). Por ello, Iparraguirre (2011) sostiene la importancia de distinguir entre temporalidad como capacidad que todo humano tiene de aprender en un determinado contexto cultural lo que puede llegar a ser, y el tiempo como fenómeno intrínseco a todo ser humano.

Ahora bien, tanto en los discursos como en la construcción de memoria colectiva es preciso reconocer los silencios, ya que las construcciones de memorias y lenguajes compartidos –sobre todo para narrar eventos traumáticos– pueden hacer que personas opten por retirar su voz para protegerse (Das, 2016). Es en los comportamientos aprendidos donde funciona rutinariamente una memoria social atravesada por sentidos y emociones que pueden o no volverlos memorables. Las maneras de pensar el tiempo y la memoria en la vida cotidiana se asientan en actos rutinizados, la habitualidad de las formas y los gestos y prácticas de repetición atravesadas por un tiempo pasado en el que se aprendió y un tiempo presente en que actúa la memoria (Jelin, 2020; Moliner, 1998).

En el caso particular de los espacios de cuidados comunitarios, las temporalidades del trabajo de cuidado, las institucionales, las burocráticas, las económicas y de la vida cotidiana se tensionan, fusionan y entran en conflicto, generando movi­lidades laterales de los dos circuitos del tiempo (Ruggiero y South, 1997; Telles e Hirata, 2010). El trabajo de cuidado, altamente feminizado, se emplaza en una concepción cronológica y androcéntrica del tiempo que no tiene en cuenta su valor social ni tampoco el hecho de

⁵ Los autores se enfocan en el análisis de los modos en que las personas negocian y viven sus identidades a través de luchas continuas y prácticas conflictivas en contextos históricos y sociales específicos.

que, sin este trabajo, las economías de los países se verían afectadas. Esto es así ya que absorbe los costos que, de otra manera, debería cubrir el sector público o el privado -siendo esto posible sólo para un pequeño sector de la sociedad- (Bessin, 2013). La feminización del tiempo de cuidado no se deslinda de las posiciones sociales que ocupan las mujeres en los barrios pobres quienes, en contextos de precarización y empobrecimiento, procuran gestionar de manera diversa tiempos vitales, familiares y comunitarios, sobre todo, entre quienes se constituyen como referentes. Para el autor, la “disponibilidad” y la “responsabilidad” constituyen las principales características de la temporalidad de la experiencia de las mujeres en la división social y sexual del trabajo (Bessin, 2013).

Los estudios de género han puesto en evidencia la importancia de la cuestión temporal para objetivar las desigualdades entre hombres y mujeres (Tronto, 1993). Por ejemplo, el tiempo cronológico evidencia la doble jornada de trabajo de las y para dar cuenta de las múltiples implicaciones de actuar al servicio del otro. El cuidado resulta esencial para la reproducción de la vida, de la cotidianeidad propiciando el acceso a derechos como la educación, la cultura, la salud, entre otras cuestiones esenciales para la vida familiar y doméstica (Fournier, 2022). Comprende un conjunto de acciones activas y pasivas tendientes a satisfacer necesidades de posesión o de acceso a bienes y servicios y necesidades emocionales o anímicas, así como también, el conocimiento socialmente significativo, tradiciones, representaciones y prescripciones del conocimiento científico y que no sólo acontece privilegiadamente en la familia (Moliner, 2013; Tronto, 1993). En su ejecución es imprescindible que estén las condiciones materiales que hacen posible el cuidado (Cerri y Alamillo Martínez, 2012) y que se realice una cuidadosa gestión de los bienes y recursos necesarios para realizar las tareas de cuidado (Rodríguez Enríquez y Marzonetto, 2015).

El trabajo de cuidado comunitarios realizado por las mujeres, al igual que otros modos de cuidado (autocuidado, del ambiente, doméstico, familiar, tercerizado, del estado, entre otros), incluye al conjunto de actividades sociales que permiten conservar, continuar o reparar el mundo en vista de vivir lo mejor posible y acceder a cierto bienestar, en tanto bien común en el que la vida está en el centro (Federici, 2011). Se lleva adelante en un complejo entramado de interdependencias y dependencias múltiples, de autonomías y dependencias intrínsecas al ser humano más allá de determinadas instancias que refieren asistencia y de la prevalencia femenina adulta, familiarista y hogareña (Comas, 2014).

El cuidado incluye actividades directas y de gestión, morales y prácticas, que forman parte del trabajo temporal que permite mantener y reparar lo común (Tronto, 1993) en un entramado de interdependencias y actividades invisibles, naturalizadas y jerarquizadas, implementadas para responder a las necesidades de los demás (Bessin, 2013). El trabajo de cuidado comunitario se encuentra altamente feminizado (Fournier, 2022) y, como señala Zibecchi (2014), no se trata de una actividad de tipo altruista sino de entramados con el fin de mejorar sus propias condiciones de vida y las de otras personas. Esta feminización no excluye la presencia de los varones ni de otros actores, ampliándose el espectro de acciones, sentidos y sujetos intervinientes en entramajes complejos en el que intervienen no sólo las mujeres sino también varones, el Estado, el mercado, el tercer sector y la comunidad (Pautassi, 2007). Asimismo, se realiza con recursos provenientes del Estado los cuales son fundamentales para el funcionamiento cotidiano y sistemático (Faur y Brovelli, 2020). No obstante, en la mayoría de los casos no son suficientes y no siempre disponen de retribuciones monetarias y por ello las organizaciones hibridan recursos para poder sostener los espacios generando una carga constante y cuantiosa de tiempo (Fournier, 2022). Por todo esto, el cuidado comunitario tiene la particularidad de no seguir las lógicas de un sistema económico basado en la acumulación por desposesión (Harvey, 2005) y nos obliga a pensar un cambio en las pautas de habitabilidad y convivencia.

Esta relación con el tiempo y la obligación moral de la disponibilidad temporal permanente de las mujeres permite dar cuenta de entornos temporales vividos de forma subjetiva naturalizando las desigualdades de género a partir de una socialización diferenciada de la relación con el otro y la relación con el tiempo (Bessin, 2020). Con estas herramientas, y a partir de situaciones concretas, las referentas llevan adelante en los espacios comunitarios políticas sociales que reproducen y fortalecen un orden de género que pone en juego la disponibilidad, la gestión y las habilidades temporales de estas mujeres.

Tiempos, Cuidados Comunitarios y Estado

En este apartado nos centraremos principalmente en la dinámica temporal del cuidado. Las mujeres entrevistadas construyen alianzas virtuosas en sus intermediaciones (con organizaciones eclesíásticas, de la salud, escolares, organizaciones no gubernamentales, entre otros). En el día a día, asumen otras actividades como asistencia emocional, asesoramiento y articulación con dependencias de gobiernos,

espacio de refugio para niñas y mujeres en situación de violencia. Los cuidados comunitarios no sólo contemplan las diversas dependencias e interdependencias de cada momento de la vida. Están basadas en la cooperación de diversos actores sociales con el fin de hacer frente a la experiencia cotidiana de vulnerabilidad y pobreza y, en efecto, co-construir un entramado temporal. Entre estas presencias, los diversos niveles del Estado con sus programas y políticas sociales son claves y, además, no son neutrales desde el punto de vista del género.

Muchas de las mujeres a cargo de los comedores comunitarios y otros espacios de cuidado comunitario en barrios pobres de Buenos Aires, tienen edades superiores a los 60 años, administran recursos del estado desde hace casi cuatro décadas y nunca percibieron una retribución monetaria. Su situación se corresponde con tres fenómenos documentados por las ciencias sociales: feminización del cuidado comunitario (Zibecchi, 2014, Fournier, 2022), feminización de la vejez (INDEC, 2023) y feminización de la pobreza (Paz, 2022). En el año 2022, en Argentina el 18,4% del total de las mujeres tenía 60 años y más, mientras que para los varones este valor era de 14,6%. Esta diferencia a favor de las mujeres se acentúa conforme pasan se incrementa la edad de las personas. Dentro del total de personas de 60 años y más, las mujeres de 75 años y más representan el 34,1% de la población mientras que los varones alcanzan el 27,3%. No obstante, los varones en edad jubilatoria tienen una mayor proporción de ingresos laborales que sus pares mujeres (INDEC, 2023).

Para la realización de los cuidados comunitarios es requisito indispensable que haya disponibilidad temporal, paciencia, sentido de la anticipación (Bessin, 2020) y la gestión y administración de los recursos. En los distintos momentos históricos ellas, a través de la disponibilidad de su tiempo para el trabajo no remunerado⁶ desde hace cuatro décadas, territorializaron y territorializan las políticas públicas, entrelazándose con sus propias trayectorias biográficas. Muchas de ellas presentan enfermedades y padecimientos que las condicionan en el día a día y que muchas veces permanecen de manera silenciosa, sin hacerse manifiestos de tal manera que parecieran ser atemporales (Das, 2016). Al respecto, Das (2016) precisa el modo en que muchas veces el silencio, retirar la voz, opera como un modo de protección colectiva que configura las rutinas aprendidas y, en efecto, expresa un aprendizaje pasado en el presente.

⁶ Se trata de un trabajo que no remunerado que comparte con el trabajo informal (esto es, que se encuentra por fuera de la Ley del Contrato de Trabajo N°20744) el hecho de no disponer de servicios sociales ni aportes jubilatorios lo cual hace del paso de los años una situación que suma vulnerabilidad a la población ya vulnerable.

Por ejemplo, fueron ellas quienes dieron origen a la oferta de cuidado comunitario en la crisis social y económica hiperinflacionaria de 1989. Posteriormente, estuvieron ofreciendo su trabajo y recursos de las más variadas formas cuando el desempleo y el empobrecimiento de la población arrasaba en la década de 1990. Luego, en la crisis de 2001-2002 reforzaron las estrategias para satisfacer las demandas por parte de las familias. En los últimos 20 años continuaron administrando, gestionando y haciendo posible que los recursos del Estado lleguen a las poblaciones más vulnerables. Por ello, estas mujeres desempeñan un papel protagónico a nivel territorial desde hace varias décadas ya que su trabajo colectivo generó, impulsó y sostuvo las lógicas de cuidado comunitario desde la década de 1980 (Neufeld et al., 2002). Sus experiencias de vida, enlazadas a los cuidados comunitarios, da cuenta de procesos de exclusión, vulnerabilidad y pobreza atravesados por las temporalidades de crisis económicas y sociales y las políticas sociales de cada momento.

La construcción de un tiempo social desde las actividades de cuidado comunitario otorga valor y reputación a las mujeres adultas que viven en esos barrios. Cuando las mujeres entrevistadas hablan de la historia de los comedores refieren a sus propias biografías en donde la búsqueda por encontrar un lugar donde vivir se anidaba a las posibilidades de alimentarse para vivir. Sus trayectorias de vida están atravesadas por infancias entre tomas de tierras y copas de leche. Luego, en lograr espacios y recursos para proveer a sus familias y en organizar formas colectivas para lograrlo y ayudar a otras mujeres en sus propios proyectos de comedores dentro de una ciudad concebida como informal (Cravino et al, 2013). Algunas de ellas están enfermas, otras aún no han logrado tener una vivienda con las condiciones mínimas de habitabilidad y ninguna recibe un salario por su trabajo actual ni mucho menos por lo realizado en las últimas décadas. En la actualidad, no saben cómo van a gestionar la demanda creciente de comida, atención, recursos, educación y/o capacitación.

Ellas perciben que su destino es continuar al frente de los cuidados comunitarios de sus organizaciones. Como lo sintetiza Moni, de 65 años y encargada de comedor comunitario: “hasta el último aliento o que el cuerpo no de más” (Mónica, comunicación personal, 27 de marzo, 2023). Ese “último aliento” implica la puesta en escena de cuerpos: cuerpos cansados y, en su mayoría, enfermos y precarizados. Retratos de estos cuerpos son las vidas de seis mujeres que, de modo somero, se exponen a continuación. Moni comenzó en el año 1987 con una *olla popular* en el mismo lote donde hoy se emplaza el comedor que dirige. La olla popular se expandió abruptamente como resultado de las crisis hiperinflacionarias de 1989 que dejó a cada vez más población

sin acceso al alimento como y su familia conformada por su marido y sus 3 hijos menores de 10 años. Este inicio no sólo marcó un momento biográfico, sino también una temporalidad coyuntural vinculada a la crisis hiperinflacionaria, que se entrelaza con la temporalidad institucional cuando el comedor se formaliza con la llegada del camión estatal.

Luego, la crisis social y económica que desencadenó el estallido del año 2001 marcó otro momento de inflexión ya que la emergencia de los movimientos sociales -por ejemplo, aquellos de base piquetera- integraron y organizaron comedores comunitarios. Ya en 2001, los movimientos sociales al tomar la calle lo hicieron mediante la organización colectiva de *ollas populares*. Estas *ollas*, desde la perspectiva de las entrevistadas, son el origen de los comedores, centros comunitarios y otras organizaciones actuales.

El paso de las *ollas populares* a los comedores implicó constituirse como comedores y comenzar a ser un nexo con las diversas instancias de gobierno y con la política partidaria. La expresión *cuando el camión baja* (Moni) marca ese punto de inflexión, ese momento de cambio en que se pasa de un tipo de organización comunitaria basada en las voluntades y recursos de las personas del barrio a formar parte de los programas y políticas estatales. Hace referencia a que el estado provee los insumos necesarios para la realización de las comidas semanales instituyendo una *nueva boca*, un nuevo comedor en el barrio.

Moni es reconocida por otras referentes como *histórica* y desde hace casi 40 años todos los días se asoma por la puerta del comedor comunitario que gestiona, mira a lo lejos y trata de visualizar si está llegando el camión que, al alba, *baja la mercadería* para que ella y las otras mujeres que trabajan en la cocina del comedor, cocinen. La vereda está colmada de botellones de agua, algunos residuos urbanos recogidos durante las recorridas nocturnas, maderas y marcos acumulados en el tacho del árbol que configuran el paisaje local en el que dirime su vida cotidiana.

Mabel, de 72 años, nos comenta que el comedor que ella administra surgió en el año 1983 *cuando sólo había 4 comedores en el barrio* y aún hoy ella continúa al frente del mismo con problemas para. Comenzó con una *olla popular*, *atrás de un árbol* y cocinaban con leña. Luego en una estructura de madera que el marido construyó para los dos caballos de los carros, pusieron unas mesas y, poco a poco, fueron armando el comedor y su estructura: la cocina primero y el salón después. En un inicio, los alimentos

eran aportados por la gente del barrio que los obtenía de diversas maneras legales con aportes del Estado o de particulares e ilegales como hurtos o saqueos.

De manera semejante, Tota, de 68 años, todos los días desde hace 30 años hace la misma rutina con Claudia, de 60. Esperan el camión, con otras mujeres-madres-voluntarias descargan la mercadería y luego lavan la fruta y la verdura para luego cortarla y cocinarla. Entre corte y corte hablan de cómo durmieron, de sus hijos e hijas que están en la escuela, de los problemas de la vida cotidiana, del dolor de columna, de las manos con artrosis, cortes y callos. La cotidianeidad de gestionar los alimentos en el barrio, acumulada durante años, se ve reflejada en sus cuerpos. La rutina diaria de Tota y Claudia —esperar el camión, descargar, cocinar— expresa una temporalidad repetitiva y cíclica que organiza la vida cotidiana, mientras que las crisis económicas introducen rupturas que configuran temporalidades históricas.

Por su parte, Carmen tiene 74 años, vive en el primer piso y el centro comunitario está en planta baja en donde cuentan con una cocina, un salón y un único baño para toda la vivienda (casa de Carmen y centro). Las paredes son de material y el piso de entablonado de madera. Su historia al frente del centro comienza en el año 2000 cuando fue desplazada de un asentamiento donde vivía con su marido e hijas y se instaló junto a otras familias en el barrio donde ahora vive. Cuando llegaron armaron una vivienda precaria con lo que tenían a mano, lo que recuperaban de un basural cercano y lo que iban consiguiendo con conocidos u organizaciones sociales o políticas. Durante la crisis económica del año 2001 comenzó a armar una *olla popular* con lo que iban juntando entre las familias. En ese momento los pocos ingresos los generaban cuando vendían lo recolectado con los carros tirados a caballo por las calles de la ciudad en busca de hierro, vidrio o cartón.

A partir del período 2003-2005, las entrevistadas nos refieren que se produce una redefinición de las políticas sociales y comienzan a enviarles mercadería. Este momento en la vida de Carmen marca una temporalidad coyuntural vinculada a la crisis económica, que se entrelaza con la temporalidad institucional de las políticas sociales que establece una temporalidad repetitiva y cíclica que organiza la vida cotidiana.

Por ejemplo, Patricia de 70 años, quien en el año 2005 *logra* que una funcionaria municipal realice los trámites para poder *bajarle* mercadería para la olla y fue en ese momento que se instalan en la esquina donde aún hoy funciona el comedor. Armaron un horno de barro y cocinaban con leña que sacaban del monte aldeaño que ya no existe. En la actualidad el comedor comunitario que administra funciona de lunes a

viernes y dan 280 viandas a la noche de modo estable y regulado por las coyunturas políticas y económicas que regulan la provisión de recursos. Al igual que el resto de las *referentas*, la experiencia de Patricia se configura en la intersección de tiempos históricos y políticos.

Además de ella, su hija y seis mujeres más trabajan en el comedor. Empiezan temprano a preparar todo, organizadas en dos turnos, primero se corta y prepara todo a la mañana (dos voluntarias) y después del mediodía comienzan a cocinar (cuatro voluntarias). Señala que siempre le “agregan algo a la comida” y nos cuentan que las mujeres que trabajan son todas voluntarias. También se organizaban para llevar la vianda a alguna vecina que no puede acceder a buscarla por diversos motivos (arresto domiciliario, dificultades para el traslado o problemas de salud).

En este punto, retomamos el planteo de Bessin (2014) en tanto que destaca la experiencia de la temporalidad femenina desde una doble presencia. Para observar particularmente su situación, es útil recurrir a la noción de *presencia* de Bessin (2014), que describe los mecanismos de subjetivación del tiempo. Esta concepción permite abordar la naturaleza del *compromiso* en la actividad comunitaria, compromiso que se despliega sobre varios frentes a la vez. Para comprender el compromiso en los espacios comunitarios, es necesario considerar los sentidos de *disponibilidad* y *responsabilidad*, que constituyen rasgos centrales de la temporalidad femenina en la división social y sexual del trabajo (Bessin, 2014). Estas temporalidades se expresan en la intersección entre lo público y lo privado, ámbitos que en la experiencia de muchas mujeres se superponen y se influyen mutuamente.

Josefa, de 76 años, gestiona los recursos que otorga el Estado y los que obtiene de otras fuentes como ONG, universidades, empresas y personas particulares. Es un eslabón indispensable en la provisión de bienestar comunitario. Nunca recibió dinero por su trabajo ni existe normativa que le permita compensar con la mercadería que administra. Tampoco tuvo vacaciones: en los barrios pobres, estas son poco frecuentes y, si ella no trabaja, muchas personas se quedan sin comer. Josefa, al igual que otras referentes, domina el conocimiento para gestionar recursos siempre escasos. Entre sus saberes destaca la práctica de ‘estirar’ la comida para que rinda. Esto implica calcular las cantidades, ensamblar platos creativos y evitar menús monótonos (Boito y Huergo, 2011). En esta práctica de la gestión de los tiempos y los recursos se condensan la escasez, la preparación diaria de las comidas y la provisión estatal.

Todas ellas nos refieren que en estos múltiples cálculos entre lo posible y lo deseable para entregarle la vianda a todas las personas que lo solicitan, en muchas ocasiones ponen dinero de sus propios bolsillos. Un ejemplo de ello lo contaba Josefa quien mencionaba que luego de haber entregado la última vianda, solían cocinar con recursos que traían de sus casas una nueva tanda de comida para los/as usuarios/as de drogas. Ellos/as llegaban cuando ya no quedaba nadie en la cola o cuando no se acercaban, les alcanzaban la comida donde estuvieran *rancheanado*⁷ Para darles la comida, cortan botellas de gaseosas de plástico por la mitad. Por esta situación y muchas otras, las mujeres entrevistadas señalaron que debían continuar a cargo de los espacios comunitarios. Para ellas la gestión comunitaria conforma un saber que a las mujeres que trabajan en los comedores comunitarios les llevó muchos años dominar y perfeccionar. Al referir a la práctica de *estirar*, las mujeres entrevistadas manifiestan el acervo experiencial construido a partir del ensamble indisoluble de sus trayectorias biográficas y laborales.

Estas experiencias vitales son reactualizadas e incluso transmitidas intergeneracionalmente de madres a hijas para que continúen la tarea, como legado para gestión territorial del cuidado donde el acceso al derecho suele presentarse como excluyente y fragmentario. Allí las mujeres se dedican espiritual y corporalmente a cuidar, siendo hoy adultas mayores, configurando los entramados comunitarios de cuidado colectivo y de referencia que implican *estar ahí*, para el barrio y sus pobladores. Así, la tradición familiar aparece como eje estructurador en la gestión y administración de los escasos recursos y los merenderos van trazando el camino hacia una progresiva institucionalización. Sin embargo, quienes lo conducen quedan fuera de la ley y del ejercicio de derechos. La paradoja entre lo legal y lo legítimo se vuelve un complejo engrudo del cual la historia social y el ciclo vital de estas mujeres están en su seno.

Conclusiones

En los barrios populares de Buenos Aires, los cuidados comunitarios revelan un entramado temporal complejo: tiempos lineales asociados a la edad y al ciclo vital, tiempos coyunturales ligados a las crisis, y tiempos institucionales que regulan la provisión de recursos. Estas temporalidades movilizan habilidades que se entrelazan en

⁷ Deriva de la palabra rancho y es un término usado para referir al acto de juntarse.

lógicas de cuidados, configurando una temporalidad propia que sostiene la vida comunitaria y desplegando lo que denominamos *habilidades temporales de cuidado*.

Las mujeres referentes de los espacios comunitarios sostienen las trayectorias vitales de quienes acuden en tiempos de crisis, incertidumbre y cuando los servicios del Estado son entre escasos e intermitentes. Se trata de mujeres que no reciben salario alguno por las actividades y servicios que proveen y que, de hecho, está la expectativa social e institucional que así lo hagan independientemente de los recursos que el Estado pueda proveer. Las *referentas* entrevistadas, cotidianamente y durante casi 40 años, pusieron y continúan poniendo sus viviendas, recursos, tiempo y energía para realizar el trabajo no remunerado con recursos escasos y fragmentarios que les brinda el Estado y otros actores como ONG's, instituciones privadas, empresas, instituciones religiosas y personas particulares, entre otras. En ellas resulta imposible escindir sus trayectorias de vida con los fenómenos políticos, sociales y económicos que atravesó Argentina durante ese período. A lo largo de sus trayectorias estas mujeres refieren haber transitado *ollas populares* y otros centros comunitarios, aprendiendo el trabajo del cuidado comunitario con lógicas situadas en tiempos históricos, políticos y económicos cambiantes.

Las mujeres adultas mayores presentadas en nuestro artículo agencian el cuidado — comunitario, doméstico y familiar — y se cristalizan en rutinas patriarcales inscritas en las organizaciones y las instituciones que funcionan bajo el derecho moderno (Haber, 2004). Las cuidadoras comunitarias son un elemento indispensable en el proceso de implementación de las políticas públicas en los distintos niveles de gobierno. Estas mujeres han realizado trabajo de cuidado comunitario no remunerado desde hace casi cuatro décadas. Este acervo experiencial se cristaliza en formas del hacer que son transmitidas intergeneracionalmente y que actualmente encuentran a adultas mayores a cargo de estas tareas. Hablamos de adultas mayores que trabajan comunitariamente ejerciendo roles políticos, de gestión y de cuidado.

Estos trabajos desarrollados durante décadas implican encargarse de preparar comida para la gente del barrio, gestionando y administrando bienes, servicios y capitales públicos. Ellas en la actualidad son adultas mayores, tienen entre 60 y 80 años y siguen a cargo de diversas instituciones de cuidado comunitario como Comedores o Merenderos. Considerando las trayectorias de vida de estas mujeres, se retrataron los modos en que la ciudad informal se edifica sobre la base de regímenes de cuerpos cansados, con trabajos precarizados que, sin embargo, sostienen prácticas de cuidados

comunitarios a la vez que construyen una temporalidad propia de lo que este tipo de actividades demandan.

Referencias Bibliográficas

- Adam, B. (2003). When Time is Money: Contested Rationalities of Time in the Theory and Practice of Work. *Theory: A Journal of Social & Political Theory*, 102, 94-125. <https://www.jstor.org/stable/41791393>.
- Atkinson, R. (1998). *The life story interview*. Sage Publications.
- Bessin, M. (2013). Temporalités, parcours de vie et de travail. En *Travail et genre dans le monde. L'état des savoirs*, editado por Margaret Maruani, 107-116. París: La Découverte. <https://doi.org/10.3917/dec.marua.2013.01.0107>
- Boito, M.E. y Huergo, J. (2011). El hambre como punto de origen y de llegada de las políticas alimentarias vigentes. *Boletín Científico Sapiens Research*, 1 (2), 49-53. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6181571>
- Bourdieu, P. (1989). La ilusión biográfica. *Historia y fuente oral*. Universidad de Barcelona.
- Braudel, F. (1986). La historia y las ciencias sociales. Madrid: Alianza Editorial.
- Cerri, C.; Alamillo-Martínez, L. (2012). La organización de los cuidados, más allá de la dicotomía entre esfera pública y esfera privada. *Gazeta de Antropología*, 28(2), artículo 14. <http://dx.doi.org/10.30827/Digibug.23793>
- Comas d'Argemir, D. (2014). Los cuidados y sus máscaras. Retos para la antropología feminista. *Mora*, (20), 167-182. <https://doi.org/10.34096/mora.n20.2339>
- Cravino, M. C., Moreno, V. y Utuberria, V. (2013). Cooperativas, construcción de viviendas y políticas habitacional. Articulación entre organizaciones sociales y el Estado en el AMBA. *Cuaderno Urbano*. Espacio, cultura, sociedad. (14), 71-90. <https://doi.org/10.30972/crn.1414525>
- Das, V. (2016). *Violencia, cuerpos y lenguaje*. FCE.
- Elder G. J. y Crosnoe, R. (2003). El surgimiento y desarrollo de la teoría del curso de vida. En Mortimer J, Shanahan, M (eds.), *Manual del curso de la vida* (3-19). Springer.

- Faur, E. y Brovelli, (2020). Cuidados y mujeres en tiempos de COVID-19: la experiencia en la Argentina, Documentos de Proyectos (LC/TS.2020/153), Santiago, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), 2020. <https://hdl.handle.net/11362/46453>
- Federici, S. (2004). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Tinta Limón.
- Federici, S. (2011). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Traficantes de Sueños.
- Feixa Pampols, C. (2003). Del reloj de arena al reloj digital. Sobre las temporalidades juveniles. *JOVENes Revista de Estudios sobre Juventud*, 7 (19), 6-27. https://scholar.google.com/citations?view_op=view_citation&hl=ca&user=05fOrPQAAAAJ&cstart=400&pagesize=100&sortby=pubdate&citation_for_view=05fOrPQAAAAJ:KIAtU1dfN6UC
- Ferrarotti, F. (1991). *La Historia y lo Cotidiano*. Colección homo sociologicus 48. Edición 62
- Fournier, M. (2022). Taxonomía del trabajo del cuidado comunitario. Oficina de país de la OIT para la Argentina.
- Fraser, J. T. (1975). *Of time, passion, and knowledge: Reflections on the strategy of existence*. Princeton University Press.
- Harvey, D. (2005). *Espacios de esperanza*. Akal.
- Hernández Sampieri, R.; C, Fernandez Collado y P. Baptista Lucio. (2010). *Metodología de la investigación*. MC Graw Hill.
- Holland, D. & Lave, J. (2001). *History in Person*, Santa Fe: School of American Research Press.
- INDEC. (2023). Dossier estadístico de personas mayores en conmemoración del 33º Día Internacional de las Personas de Edad.
- Iparraguirre, G. (2011). *Antropología del Tiempo. El Caso Mocoví*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
- Jelín, E. (2020). *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales*. CLACSO. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/bitstream/CLACSO/15713/1/Antologia-Elizabeth-Jelin.pdf>

- Johannes, F (1983). *Time and the other: how anthropology makes its object*. Columbia University Press.
- Mallimaci F., Giménez Béliveau V. (2006). Historias de vida y método biográfico. en *Estrategias de Investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa.
- Miller, R. L. (2000). *Researching life stories and family histories*. Sage.
- Moliner, M. (1998). *Diccionario de uso del español*, 1-2. Gredos
- Munn, N. 1992. The Cultural Anthropology of Time: A Critical Essay. *Annual Review of Anthropology*, 21, 93–123. <https://doi.org/10.1146/annurev.an.21.100192.000521>
- Neufeld, M. et al. (2002). Sociabilidad y micropolítica en un barrio bajo planes. En: Luciano Andrenacci (org.). *Cuestión social y política social en el gran Buenos Aires*. Al Margen/UNGS.
- Pautassi, L. (2007). *El cuidado como cuestión social desde un enfoque de derechos*. CEPAL. <https://hdl.handle.net/11362/5809>
- Paz, J.A., (2022). Feminización de la pobreza en América Latina. *Notas de Población*, (114), 11-36. <https://hdl.handle.net/11362/48132>
- Rodriguez Enríquez, C. y Marzonetto, G. (2015). Organización social del cuidado y desigualdad: el déficit de políticas públicas de cuidado en Argentina. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 4 (8), pp.103-134. <https://doi.org/10.18294/rppp.2015.949>
- Ruggiero, V. y South, N. (1997). The Late City as a Bazaar: Drug, Markets, Illegal Enterprise and Barricade, en *British Journal of Sociology*, 48(1), 54-70. <https://doi.org/10.2307/591910>
- Samaja, J. (2005). *Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*. EUDEBA.
- Saraceno, Ch. (1989). The time structure of biographies. *Enquête* 5, 2-8. <https://doi.org/10.4000/enquete.80>
- Schwartz, R. (1976). The Industrial Revolution in the Home: Household Technology and Social Change in the 20th Century. *Technology and Culture* 17 (1), 1-23. <https://doi.org/10.2307/3103251>
- Sharma, S. (2014). *In the Meantime: Temporality and Cultural Politics*. Duke University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv11cw801>



- Telles, V. & Hirata, D. (2010). Illegalismos e jogos do poder em São Paulo, en *Tempo Social*, 22(2), 39-60. <https://doi.org/10.1590/S0103-20702010000200003>
- Tronto, J. (1993). *Moral Boundaries: A Political Argument for an Ethic of Care*. Routledge.
- Tronto, J. C. y Fisher, B. (1990). Hacia una teoría feminista del cuidado. En E. Abel y M. Nelson (Eds.), *Círculos del cuidado*. SUNY Press.
- Vallin, J. (1994). *La demografía*. CELADE
- Zibecchi, C. (2014). Cuidadoras del ámbito comunitario: entre las expectativas de profesionalización y el “altruismo”. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales Ecuador. *Íconos*, 50 (9), 129-145. <https://doi.org/10.17141/iconos.50.2014.1433>